

seres depravados precozmente tuvieron madres embusteras.

NORA.—¿Por qué precisamente madres?

HELMER.—Lo más frecuente es que suceda por las madres, pero el padre influye naturalmente en el mismo sentido. Todos los abogados lo saben. A pesar de esto, Krogstad, durante años, ha envenenado a sus propios hijos en su atmósfera de mentira y de disimulo. Por eso le llamo un hombre moralmente perdido. *(Tendiéndole los brazos.)* Y por eso mi gentil Norita debe prometerme no hablar más en su favor. Dame tu palabra. ¿Qué te pasa? Dame la mano. ¡Así! Es cosa resuelta. Te aseguro que me sería imposible trabajar con él. Siento materialmente un malestar físico junto a semejantes personas.

NORA.—*(Retira la mano y va a colocarse al lado opuesto del árbol de Navidad.)* ¿Qué calor hace aquí! ¡Y yo que tengo tanto que trabajar!

HELMER.—*(Levantándose y reuniendo los papeles.)* Necesito examinar algo de esto antes de comer. Y después pensaré en tu traje. Tal vez también prepare algo para colgar del árbol en un sobre dorado. *(Poniendo la mano sobre la cabeza de ella.)* ¡Oh, mi querido pajarillo cantor!

(Entra a su despacho.)

NORA.—*(En voz baja, después de una pausa.)* ¡Oh! ¡No! ¡Eso no! Es imposible. Es necesario que sea imposible.

ANA MARÍA.—*(Desde la puerta de la derecha.)* Los niños quieren a toda costa venir a ver a su mamá.

NORA.—¡No! ¡No! ¡No! ¡No! ¡No les dejes venir aquí! ¡Quédate con ellos, Ana María!

ANA MARÍA.—Sí, señora.

NORA.—*(Pálida de terror.)* ¡Depravar a mis hijos!... ¡Envenenar la casa! *(Levantá la frente.)* ¡No es verdad! ¡Es falso, tan seguro como que existo!

ACTO SEGUNDO

Igual decoración. El árbol de Navidad, sin adornos ya, está en un rincón cerca del piano. El sombrero y el abrigo de Nora están echados sobre el sofá. Nora, sola, va y viene agitadísima. Al fin se para ante el sofá y coge el abrigo.

NORA.—*(Dejando el abrigo.)* ¡Alguien ha entrado! *(Va hacia la puerta. Escucha.)* No. No es nadie. No, no, no será hoy, día de Navidad; tampoco será mañana, pero tal vez... *(Abre la puerta y mira hacia fuera.)* No, nada en el buzón. Está vacío. ¡Qué locura! Su amenaza no era seria. Eso no puede suceder. Tengo tres hijos.

(Ana María, trayendo una gran caja de cartón, entra por la puerta de la derecha.)

ANA MARÍA.—Por fin encontré la caja con el traje.

NORA.—Está bien. Ponla encima de la mesa.

ANA MARÍA.—*(Obedeciendo.)* Me parece que está bastante roto.

NORA.—¡De buena gana lo rompería en mil pedazos!

ANA MARÍA.—¡Oh! ¡No! ¡Eso no! Puede arreglarse fácilmente con un poco de paciencia.

NORA.—Sí, voy a suplicar a la señora Linde que venga a ayudarme.

ANA MARÍA.—¿Salir otra vez? ¿Con este mal tiempo? La señora tendrá frío... caerá enferma.

NORA.—No sería lo peor que pudiera ocurrirme... ¿Cómo están los niños?

ANA MARÍA.—Los pobrecitos juegan con los regalos de Navidad, pero...

NORA.—¿Hablan mucho de mí?

ANA MARÍA.—Están tan acostumbrados a estar con mamá...

NORA.—Sí, Ana María. Pero mira, en lo futuro no podré estar tanto tiempo a su lado.

ANA MARÍA.—Los niños pequeños se acostumbran a todo.

NORA.—¿Lo crees? ¿Crees que olvidarían a su mamá si no volviera nunca?

ANA MARÍA.—¡Dios nos libre! ¡Nunca!

NORA.—Dime, Ana María: muchas veces me he preguntado una cosa. ¿Cómo te atreviste a confiar tu hija a personas extrañas?

ANA MARÍA.—No tenía más remedio si quería ser nodriza de Norita.

NORA.—Sí, pero ¿qué te decidió?

ANA MARÍA.—¡Se presentaba una colocación tan buena! Era una suerte para la pobre muchacha que tuvo una desgracia. Porque el canalla no quiso hacer nada por mí.

NORA.—La hija te debe haber olvidado.

ANA MARÍA.—Seguramente no. Primero me escribió que había hecho su primera comunión y después que se había casado.

NORA.—*(Abrazándola.)* ¡Mi viejecita Ana María, fuiste una madre buena para mí mientras fui chiquita!

ANA MARÍA.—La pobrecita Nora no tenía más madre que yo.

NORA.—Y si mis pequeños no me tuvieran a mí, bien sé que tú... Esto es hablar por hablar. *(Abre la caja.)* Vé con ellos. Yo necesito...

Ya verás qué bonita estaré mañana.

ANA MARÍA.—Seguramente no habrá en todo el baile una señora tan guapa como usted. *(Vase por la puerta de la derecha.)*

NORA.—*(Abriendo la caja, pero apartándola en seguida.)* ¡Si me atreviera a salir! ¡Si estuviera segura de que nadie iba a venir! ¡Si supiera que no iba a pasar nada en casa entretanto! ¡Qué tontería! ¡No vendrá nadie! Basta de vacilaciones. ¡Cepillemos el abrigo! ¡Los guantes buenos! ¡Los guantes bonitos! ¡Basta de cavilaciones! Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis. ¡Ah! ¡Ya están ahí!... *(Se dirige a la puerta, pero permanece indecisa. La señora Linde entra, después de haber dejado el sombrero y el abrigo en el vestíbulo.)*

NORA.—¡Ah! ¿Eres tú, Cristina? ¿Vienes sola? ¿Es verdad?... Llegas a tiempo.

SEÑORA LINDE.—Supe que habías estado en casa preguntando por mí.

NORA.—Sí. Pasaba casualmente por allí. Quería rogarte que me ayudaras. Sentémonos en el sofá. Verás de qué se trata. Mañana habrá baile de trajes en el piso de abajo, en casa del cónsul Stenberg. Torvaldo quiere que me disfrace de pescadora napolitana y que baile una tarantela que aprendí en Capri.

SEÑORA LINDE.—¡Hola! ¡Hola! ¿Vas a dar un verdadero espectáculo?

NORA.—Sí, Torvaldo lo quiere. Este es el traje. Torvaldo lo ha encargado. Pero está tan estropeado, que realmente no sé si...

SEÑORA LINDE.—Tiene fácil arreglo. Únicamente el adorno está descosido en algunos sitios. ¡Pronto, hilo y aguja! ¡Ah! ¡Aquí tengo lo que me hace falta!

NORA.—¡Qué buena eres!

SEÑORA LINDE.—*(Cosiendo.)* ¿De modo que vas a disfrazarte mañana, Nora? Bien. Vendré un momento a

verte. ¡Ah! Me había olvidado darte las gracias por la agradable velada de ayer.

NORA.—*(Levantándose y atravesando la escena.)* Me parece que ayer no estábamos tan bien en el hogar como otras veces. Debiste venir antes a la ciudad, Cristina. Verdad es que Torvaldo posee el talento de hacer la casa agradable.

SEÑORA LINDE.—Me parece que tú también eres digna hija de tu padre. Pero, dime: ¿el doctor Rank está siempre tan abatido como ayer?

NORA.—No. Ayer lo estaba más que de ordinario. El pobre padece una enfermedad terrible. Está enfermo de la médula. Su padre era un personaje repugnante. Mantenía queridas y... algo más podría decirse. Por eso su hijo resultó enfermizo desde la infancia.

SEÑORA LINDE.—*(Dejando caer la labor.)* Pero, querida Nora, ¿quién te cuenta esas historias?

NORA.—¡Bah! Cuando se han tenido tres hijos... Se reciben visitas de señores que saben algo de medicina y que cuentan muchas cosas.

SEÑORA LINDE.—*(Cosiendo de nuevo. Pausa.)* ¿El doctor Rank viene todos los días aquí?

NORA.—Todos los días; es el mejor amigo de Helmer desde su juventud y mío también. El doctor Rank puede decirse que es de la casa.

SEÑORA LINDE.—Pero, dime: ¿es realmente sincero? Quiero decir... ¿no le gusta complimentar?

NORA.—Al contrario. ¿Por qué me lo preguntas?

SEÑORA LINDE.—Cuando me presentaste ayer, aseguró que había oído muchas veces mi nombre aquí. Pero después observé que tu marido no tenía la menor idea de mí. ¿Cómo entonces pudo el doctor Rank...?

NORA.—Tienes razón, Cristina. Torvaldo siente gran admiración por mí. Quiere que sea sólo para

él, como dice. Al principio sentía celos sólo al oírme nombrar a uno de los seres queridos que me rodeaban en otro tiempo. Como es natural, dejé de hacerlo; pero con el doctor Rank hablo muchas veces. Le divierte escucharme.

SEÑORA LINDE.—Oye, Nora. Bajo varios aspectos eres una niña. Yo tengo más edad y más experiencia que tú. Voy a darte un consejo con respecto al doctor Rank: debes acabar con esto.

NORA.—¿Acabar con qué?

SEÑORA LINDE.—Con muchas cosas. Ayer me hablaste de un rico adorador que había de darte dinero...

NORA.—Es verdad; pero, desgraciadamente, no existe.

SEÑORA LINDE.—¿Y qué más? ¿El doctor Rank es rico?

NORA.—Sí, tiene fortuna.

SEÑORA LINDE.—¿Y familia?

NORA.—A nadie. Pero...

SEÑORA LINDE.—¿Viene aquí todos los días?

NORA.—Ya lo sabes.

SEÑORA LINDE.—¿Cómo es que un hombre como él puede cometer esta indelicadeza?

NORA.—No te comprendo.

SEÑORA LINDE.—No finjas, Nora. ¿Crees que no adivino a quién pediste prestados los mil doscientos escudos?

NORA.—¿Pero te has vuelto loca? ¿Puedes pensar realmente semejante tontería? ¡A un amigo que viene aquí todos los días! ¡Qué situación tan violenta sería!

SEÑORA LINDE.—¿De modo que no es él?

NORA.—No; desde luego. No se me ocurrió un solo momento. Además, en aquella época no podía prestar dinero porque no lo tenía. Fue después cuando heredó.

SEÑORA LINDE.—Creo que fue una suerte para ti, querida Nora.

NORA.—No. Nunca se me hubiera ocurrido pedir dinero al doctor Rank; no creas, estoy segura de que si se lo pidiese...

SEÑORA LINDE.—Pero no lo harás.

NORA.—No, naturalmente. No veo la necesidad. Pero estoy segura de que si hablase al doctor Rank...

SEÑORA LINDE.—¿A espaldas de tu marido?

NORA.—Necesito salir de este asunto, que también se hizo a espaldas tuyas. Esto tiene que acabar.

SEÑORA LINDE.—Ya te lo decía ayer; pero...

NORA.—*(Yendo y viniendo.)* Un hombre puede más fácilmente desenredar estos asuntos que una mujer...

SEÑORA LINDE.—Si hablas del marido, sí.

NORA.—¡Bah!... ¡Bah! *(Se calla.)* Cuando se paga todo, se devuelve el pagaré; ¿no es verdad?

SEÑORA LINDE.—Naturalmente.

NORA.—¡Y se puede romper en mil pedazos, y quemar el papel sucio y asqueroso!

SEÑORA LINDE.—*(La mira fijamente, deja la labor y se levanta lentamente.)* Nora, tú me ocultas algo.

NORA.—¿Lo conoces en mi cara?

SEÑORA LINDE.—Algo ha pasado desde ayer mañana. Nora, dime lo que es.

NORA.—*(Volviéndose hacia ella.)* ¡Cristina! *(Escuchando.)* ¡Psit! Torvaldo ha vuelto. Pasa a la habitación de sus hijos. Torvaldo no puede sufrir que se cosa delante de él. Di a Ana María que te ayude.

SEÑORA LINDE.—*(Recogiendo la labor.)* Está bien; pero no me iré mientras no me hables francamente.

(Vase por la puerta de la derecha. Al mismo tiempo Helmer entra por la del vestíbulo.)

NORA.—*(Yendo a su encuentro.)* ¡Con qué impaciencia te esperaba, querido Torvaldo!

HELMER.—¿Estaba aquí la modista?...

NORA.—No. Era Cristina. Me ayuda a arreglar el traje; ya verás qué efecto produzco.

HELMER.—Sí, tuve una excelente idea.

NORA.—Una gran idea. Pero también yo soy buena complaciéndote.

HELMER.—(Acariciándole la barbilla.) ¿Buena? ¿Por complacer a tu marido? Vaya, vaya, locuela, ya sé yo que no era eso lo que querías decir. Pero no quiero entretenerte. Supongo que necesitarás ensayar.

NORA.—¿Y tú vas a trabajar?

HELMER.—Sí. (Enseñándole los papeles.) Ya ves. He ido al Banco... (Va a entrar en su despacho.)

NORA.—¡Torvaldo!

HELMER.—(Deteniéndose.) ¿Qué?

NORA.—¿Si la ardilla chiquitita te pidiera con insistencia un favor?

HELMER.—¿Qué?

NORA.—¿Lo harías? ¡Dí!

HELMER.—Antes necesitaría saber de qué se trata.

NORA.—Si quisieras ser bueno y cariñoso la ardillita saltaría y haría toda clase de monerías.

HELMER.—Dí, pronto.

NORA.—La alondra gorjearía en todos los tonos.

HELMER.—La alondra no hace otra cosa.

NORA.—Bailaría por ti como los elfos en noche de luna.

HELMER.—Nora... supongo que no se trata de lo que me has hablado esta mañana...

NORA.—(Acercándose.) Sí, Torvaldo... ¡te lo suplico!

HELMER.—¡Y te atreves a hablarme por segunda vez!

NORA.—Sí, sí, tienes que consentir. Es necesario que Krogstad conserve su empleo en el Banco.

HELMER.—Querida Nora, destino esa plaza a la señora Linde.

NORA.—Has hecho muy bien. No tienes más que despedir a otro empleado en vez de Krogstad.

HELMER.—¡Es una terquedad que pasa de la raya! Porque ayer diste una promesa irreflexiva, quieres que hoy yo...

NORA.—No es por eso, Torvaldo.

Es por ti. Tú mismo dices que ese hombre escribe en los periódicos peores... Podría perjudicarte. Me da un miedo tan horrible que...

HELMER.—¡Ah! Comprendo. Los recuerdos de otros tiempos te asustan.

NORA.—¿Qué quieres decir?

HELMER.—Piensas seguramente en tu padre.

NORA.—Sí. Eso es. Recuerdo lo que esa gentuza escribió en los periódicos contra papá... y las calumnias que lanzaron contra él. Creo que le habrían destituido si el ministerio no te hubiese enviado a hacer la inspección y si no hubieses sido tan benévolo con él.

HELMER.—Norita, hay una gran diferencia entre tu padre y yo. Tu padre no era un funcionario inatacable. Y yo lo soy y espero continuar siéndolo mientras desempeñe el cargo.

NORA.—¡Oh! ¿Quién sabe lo que los maldicientes pueden inventar? ¡Podríamos ser tan dichosos, tan felices en nuestro nido tranquilo tú, los niños y yo! Por eso te lo suplico con tanta insistencia.

HELMER.—Precisamente porque le defiendes no puedo dejar de sustituirle. Ya saben en el Banco que debo despedir a Krogstad. Si se supiera ahora que la mujer del nuevo director le hizo cambiar de opinión...

NORA.—¿Qué?

HELMER.—No; ¿qué importa con tal que hayas hecho triunfar un capricho tuyo? ¿Crees, realmente, que voy a ponerme en ridículo a los ojos de todo el personal? ¿Que crean que dependo de influencias ajenas? Ten la seguridad de que pronto tocaría las consecuencias. Y, además... hay otra razón que imposibilita la permanencia en el Banco de Krogstad mientras yo sea director.

NORA.—¿Cuál?

HELMER.—Por su mancha moral... hubiera podido ser indulgente acaso...

NORA.—¿Verdad, Torvaldo?

HELMER.—Sobre todo porque me dicen que es un buen empleado. Pero es un antiguo conocido, una de esas amistades de juventud, contraídas a la ligera, y que más tarde perjudican muchas veces en la vida. Para decirlo todo de una vez, nos tuteamos, y ese individuo carece de tacto hasta un extremo tal, que no se oculta ante nadie ni por nada. Al contrario, se imagina que le da derecho a usar un tono familiar y a cada momento está hablándome de tú. Te juro que me es muy desagradable. Haría intolerable mi situación en el Banco.

NORA.—Torvaldo, tú no crees lo que dices.

HELMER.—Sí. ¿Por qué no?

NORA.—Porque ésa sería una causa insignificante.

HELMER.—¿Cómo? ¿Insignificante? ¿Crees que soy insignificante?

NORA.—No, al contrario, querido Torvaldo; y por eso mismo...

HELMER.—Es igual. Dices que las razones que doy son insignificantes, y en ese caso el insignificante soy yo. ¿Insignificante? ¿De veras? Ya es hora de que esto acabe. (Llamando.) ¡Elena!

NORA.—¿Qué vas a hacer?

HELMER.—A tomar una decisión. (Entra la criada.) Tome usted esta carta. Vaya en seguida a buscar un demandadero que la entregue. ¡Pronto! Lleva la dirección. Tome dinero.

LA CRIADA.—Está bien, señor. (Se va con la carta.)

HELMER.—(Recogiendo los papeles.) ¡Ya está, señora testaruda!

NORA.—(Con voz apagada.) ¿Qué carta es ésa?

HELMER.—La cesantía de Krogstad.

NORA.—¡Cógela, Torvaldo! ¡Aún es tiempo! ¡Oh, Torvaldo, cógela! ¡Hazlo por mí, por ti, por los hijos! ¡Escúchame, Torvaldo, hazlo! ¡Tú no sabes lo que sufriremos todos!

HELMER.—Demasiado tarde.

NORA.—Sí, demasiado tarde.

HELMER.—Querida Nora, te perdono esta angustia aunque en el fondo sea una ofensa para mí. ¡Sí, lo es! ¿No es una ofensa creer que pueda temer la venganza de un picapleitos deshonrado? Pero te la perdono, porque prueba el gran amor que me tienes. (La abraza.) Es preciso, adorada Nora. Suceda lo que suceda, en los momentos graves verás que tengo fuerza y valor y que sé asumir la responsabilidad de todo.

NORA.—(Asustada.) ¿Qué quieres decir?

HELMER.—La responsabilidad de todo, te lo repito.

NORA.—(Con energía.) ¡No! ¡Nunca! ¡No lo harás!

HELMER.—Bueno, la compartiremos entonces, Nora, como marido y mujer. Así debe ser. (Acariciándola.) ¿Estás contenta ahora? No me mires con ojos de paloma degollada. Todo eso son fantasías. Ahora debes ensayar la tarantela y ejercitarte en el tamboril. Yo me cerraré en el despacho y no oiré nada. Podrás hacer todo el ruido que quieras, y cuando venga Rank le dices dónde estoy. (Entra en su despacho llevando los papeles y cierra la puerta por dentro.)

NORA.—(A media voz, con angustia, quedando como petrificada en su sitio sin moverse.) Será capaz de hacerlo. Lo hará a pesar de todo. ¡Oh! ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Antes cualquier cosa! ¡Socorro! ¡Un medio!... (Llaman.) ¡El doctor Rank! ¡Todo antes que eso!

(Se pasa la mano por la frente, procurando dominarse, y va a abrir la puerta. Se ve al doctor Rank colgando el abrigo. Durante la escena siguiente se va haciendo de noche.)

NORA.—Buenos días, doctor. Le he conocido en la manera de llamar. No se puede entrar ahora en el despacho. Torvaldo está ocupado.

RANK.—¿Y usted?

NORA.—(Mientras él entra y ella